

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

# Rendón y Rondín

---

Adela Zamudio



Digitalizado por Katharsis  
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)  
Rosario R. Fernández  
[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

## ZAMUDIO, ADELA (1854 - 1928)



Poetisa, novelista, dramaturga y pedagoga boliviana, nacida en Cochabamba el 11 de octubre de 1854, y fallecida en su lugar de origen el 2 de junio de 1928. Autora de una variada producción literaria en la que sobresale, por su hondura reflexiva, una veta poética caracterizada por la sencillez en el decir, la habilidad en la versificación y la integridad moral, está considerada como una de las voces más destacadas de la literatura boliviana de todos los tiempos. En reconocimiento a los valores éticos y estéticos de su obra, así como al tesón que puso a la hora de procurarse una formación intelectual que en su época se negaba a las mujeres, el día 11 de octubre de todos los años, en recuerdo de la fecha de su nacimiento, se conmemora en su país natal el "Día de la Mujer Boliviana".

Impulsada desde su temprana juventud por una señalada vocación literaria, con apenas quince años Adela Zamudio se dio a conocer como poetisa por medio de la publicación, en los medios de comunicación locales, del poema titulado "Dos rosas", que apareció firmado por el pseudónimo de "Soledad". A pesar de esta precocidad creativa, aún habrían de trascurrir casi dos decenios desde la difusión de aquel poema inicial hasta la publicación del primer volumen de versos que dio a la imprenta Adela Zamudio, un poemario presentado bajo el título de

*Ensayos poéticos* (Buenos Aires; Imprenta y Litografía de Jacobo Pausser, 1887). La aparición de esta obra prima de la escritora de Cochabamba mereció el elogio unánime de críticos y lectores, lo que contribuyó decisivamente a que su autora cobrara seguridad y confianza en lo referente a los resultados de un voluntarioso proceso de aprendizaje cultural y literario que, hasta el momento, había transcurrido por cauces autodidácticos.

La excelente acogida dispensada a *Ensayos literarios* le valió a Adela Zamudio, al margen de otros honores y distinciones, su designación como "Socia de Honor" del Círculo Literario de La Paz en 1888, circunstancia que por sí misma llevaba aparejado el reconocimiento público de su valía como escritora. Alentada por este creciente prestigio, en 1890 la autora de Cochabamba dio a la imprenta, en la ciudad que le había visto nacer, un juguete dramático titulado *Violeta o La Princesa Azul*, obra compuesta en los escasos ratos libres de que disponía Adela Zamudio en su esforzado empeño por alcanzar una formación académica y un nivel cultural que le permitiesen ejercer la profesión de maestra. Finalmente, en aquel mismo años de 1890 logró ingresar en el magisterio profesional, al ser admitida como maestra en la Escuela San Alberto, de Cochabamba. A partir de entonces, comenzó a desplegar una fecunda actividad pedagógica que, en tan solo un lustro, la condujo hasta la dirección del Liceo de Señoritas, en el que desarrolló a lo largo de toda su vida una valiente y decidida preocupación docente orientada a la eliminación de las trabas y los prejuicios reaccionarios que lastraban el aprendizaje académico y la formación espiritual de las jóvenes bolivianas.

En efecto, en su valerosa defensa del derecho de las mujeres a recibir una esmerada formación, Adela Zamudio reclamó la necesidad de introducir el laicismo en los programas educativos nacionales, al tiempo que se significaba por algunas propuestas tan audaces en su época como la invitación al matrimonio civil y la separación de los poderes de la Iglesia Católica y del Estado. Estas ideas, plasmadas no sólo en las aulas del Liceo de Señoritas, sino también en varios artículos y ensayos pedagógicos que publicó en diferentes medios, la arrastraron hacia algunas sonadas polémicas sostenidas contra los elementos más reaccionarios del conservadurismo religioso y político boliviano, entre los que significó, por su virulento enfrentamiento con Adela Zamudio, el padre Pierini, promotor de un movimiento ultraconservador que, bajo el nombre de "Liga de las señoras católicas", pretendía defender los arcaicos privilegios legales y fiscales de la Iglesia Católica en el sistema educativo del país. En medio de esta agria polémica, la combativa escritora de Cochabamba llegó a estampar textos tan audaces como el que a continuación se transcribe: "*Yo profeso la moral humana, la inmutable, la que aquilata la virtud donde se encuentre, humilde y desconocida, y condena el error sea quien fuere el potentado que ha caído en él*".

En 1914, cuando la aguerrida pedagoga contaba ya sesenta años de edad, ese vigor impulsivo que había alentado sus ideas liberales mantenía intacta toda su capacidad de enfrentamiento contra los sectores reaccionarios que seguían oponiéndose al desarrollo intelectual y humano de las mujeres. En dicho año, Adela Zamudio dio a la imprenta un polémico artículo en el que, bajo el título de "Temas pedagógicos", hacía patente la repulsa e indignación que le causaba el hecho de que las jóvenes educandas bolivianas, al alcanzar el tercer grado de la Escuela Primaria, se vieran obligadas a suspender su formación académica, pues los programas educativos vigentes no contemplaban la posibilidad de que accedieran a los cursos superiores. Este talante combativo que mantuvo hasta el final de sus días -y que quedó perfectamente reflejado en su creación literaria-, la convirtió en una de las figuras más representativas de la pedagogía boliviana de su época; en homenaje y agradecimiento a sus desvelos, el Liceo de Señoritas que dirigió durante tantos años fue bautizado, tras la desaparición de la escritora de Cochabamba, con el nombre de "Liceo Adela Zamudio".

Al tiempo que desplegabla esta infatigable labor pedagógica, la briosa escritora iba pergeñando una brillante producción literaria que, puesta de relieve a través de algunos cuentos y poemas sueltos publicados en periódicos y revistas, no volvió a pasar por los tórculos de las imprentas hasta 1906, fecha en la que apareció en Cochabamba *El castillo negro*, una breve pieza teatral dirigida al público infantil. En 1913 vio la luz su novela epistolar *Íntimas* (La Paz; Imprenta Velarde, 1913), primera muestra, en formato de libro autónomo, de una capacidad narrativa que Zamudio ya había demostrado con la publicación en diversos medios de comunicación de varios cuentos y novelas cortas. Entre los primeros, recogidos a los quince años de su muerte en una recopilación presentada por Gustavo Adolfo Otero bajo el título de *Cuentos breves* (La Paz; Ed. La Paz, 1943), figuran algunas piezas tan emblemáticas de la narrativa breve boliviana como los relatos alegóricos "La razón y la fuerza" y "El diamante"; los cuentos fantásticos "Vértigo", "La felicidad" y "El desconocido"; o las narraciones costumbristas "Rendón y Rondín", "Violín y guitarra" y "El velo de la Purísima". En líneas generales, los cuentos de Adela Zamudio se inscriben ya en la más pura tradición romántica, ya en la posterior estética realista, pero siempre dentro de una finalidad testimonial que busca reflejar sobre el papel hechos y situaciones de la vida cotidiana, incluso en aquellos relatos más tocados por la vena imaginativa y fantástica que a veces sale a relucir en la prosa de la autora.

Idéntico proceso de rescate editorial experimentaron las *novelle* de Adela Zamudio, recopiladas por Luis Taborga bajo el título genérico de *Novelas cortas* (La Paz; Ed. La Paz, 1943). Entre ellas, cabe recordar las tituladas *La madrastra*, *La fundación* y *Noche de fiesta*. A pesar de que la escritora de Cochabamba se consideraba mejor dotada para el cultivo de la narrativa que para el ejercicio de la creación poética, lo cierto es que su obra en prosa no mereció, en su tiempo, el

mismo reconocimiento otorgado a su producción lírica, circunstancia que tal vez explique por qué Adela Zamudio no siguió adelante en su propósito -anunciado en varias ocasiones- de escribir otra novela extensa.

Respecto a su aplaudida creación poética, es necesario añadir que a la ya lejana aparición de *Ensayos poéticos* se sumó, veintisiete años después, la publicación de *Ráfagas* (París; Librería P. Ollendorff, 1914), un poemario en el que Adela Zamudio recogió sus nuevas composiciones líricas, algunas de ellas (como los celeberrimos poemas "¿Quo Vadis?" y "Nacer hombre") ya publicadas en periódicos y revistas literarias. La salida a la calle de *Ráfagas* confirmó la buena impresión transmitida, mucho tiempo atrás, por su primer volumen de versos, a pesar de que los cauces por los que discurría a la sazón la lírica hispanoamericana, ya plenamente influida por las novedosas aportaciones de Rubén Darío y otros grandes poetas modernistas del momento, no eran los más apropiados para contener, al mismo tiempo, las secuelas románticas presentes en el quehacer poético de Zamudio.

En efecto, la poetisa de Cochabamba se mantuvo fiel en todo momento a una estética romántica que hunde sus raíces en los grandes maestros europeos como Lord Byron, Alphonse de Lamartine, Alfred de Musset, José de Espronceda, José Zorrilla y Gustavo Adolfo Bécquer. En esta línea, su poesía muestra, en el plano formal, una extraordinaria capacidad versificadora que no impide, en el nivel del contenido, el desahogo de la radical rebeldía de que hizo gala Zamudio en sus actuaciones públicas y en el resto de sus escritos literarios y pedagógicos. Así, la vehemente poetisa ejerce, a través de sus versos, un agudo análisis de la realidad circundante, del que luego desprende amargas reflexiones acerca de los prejuicios morales, el conservadurismo de la sociedad, la impostura política, la hipocresía del clero ("*La Roma en que tus mártires supieron / en horribles suplicios perecer, / es hoy lo que los Césares quisieron: / emporio de elegancia y de placer*"), y, en definitiva, de cuantas trabas sociales, culturales y espirituales se oponen al desarrollo libre de la conciencia humana. Sabedora de que el alcance y el valor de su palabra poética, generados desde este franco ejercicio de sinceridad, no habrían de desaparecer después de su muerte, dejó escrito en un epitafio que aún perdura labrado sobre su tumba: "*Vuelo a morar en ignorada estrella / libre ya del suplicio de la vida; / allá os espero; hasta seguir mi huella, / lloradme ausente, pero no perdida*".

A tenor de estos versos, no es de extrañar que la producción poética de Adela Zamudio haya sido considerada por la crítica literaria hispanoamericana como la más plena y perdurable del romanticismo boliviano, enriquecida por un talante sobrio y ascético muy semejante al utilizado por los poetas españoles de la Generación del 98, y singularmente alejado del colorido plástico, la sonoridad musical y la sensualidad metafórica de la corriente modernista que triunfaba

cuando la poetisa publicó sus versos. Siempre contra corriente, en su famoso poema "Nacer hombre" se atrevió a intentar reproducir las celeberrimas redondillas de Sor Juana Inés de la Cruz ("*Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis*"), el tono irónico manejado, en su dureza implacable, constituye un auténtico manifiesto feminista orientado a denunciar el sometimiento en que vivía la población femenina y a clamar por su derecho a la equiparación civil y política con el hombre. Además de otros famosos poemas de la autora ya citados en este artículo (como "¿Quo Vadis?" y "Mi epitafio"), resulta obligado recordar aquí los títulos de otras espléndidas composiciones como "Tristeza" y, muy especialmente, "Loca de hierro", un extenso poema narrativo en el que Adela Zamudio hizo gala de su enorme capacidad literaria a la hora de crear personajes y combinar algunos registros genéricos tan distintos entre sí como la narración de los hechos y el diálogo dramático. Tanta importancia llegó a cobrar su figura y su obra, que en 1926, dos años antes de su desaparición, el gobierno boliviano convocó un acto solemne en el que la poetisa fue coronada de forma oficial, en reconocimiento a los valores humanos y literarios difundidos por la escritora.

También en 1943, como ocurriera con sus cuentos y novelas breves, apareció una recopilación de la labor lírica de Adela Zamudio, prologada por Gregorio Reynolds en un volumen titulado *Peregrinando* (La Paz; Ed. La Paz, 1943). Cuando estaba a punto de cumplirse el medio siglo transcurrido desde el fallecimiento de la autora de Cochabamba, salió de la imprenta una muestra antológica de su quehacer literario, presentada por Eduardo Ocampo Moscoso bajo el título de *Adela Zamudio. Antología* (Cochabamba; Ed. Canelas, 1977).

(Enciclonet)



## RENDÓN Y RONDÍN

A la sombra del más coposo de los terebintos del Parque de Septiembre, arrellanado en un banco, con los pies colgantes, acariciaba el ensortijado pelaje de su perrillo, que de hocicos sobre sus rodillas, dormitaba entreabriendo de vez en cuando los ojos para mirarlo con cariñosa mansedumbre.

Rendón y Rondín. — Los dos inseparables

Un condiscípulo que pasaba, divisó al grupo y se encaminó hacia él, interpelando al chico bruscamente.

- Che, Rendón, ¿qué haces aquí?
- Mauleando.
- ¿No piensas volver a la escuela?
- No.
- ¿Y por qué?
- Estoy aburrido. El maestro me macanea.
- Sabrás que está furioso.

Esta mañana me ha llamado:

- Oiga, Quiroga, ¿conoce la casa de Francisco Rendón?
- Sí, señor
- Vaya Ud. y dígame a su padre...
- No tiene padre, dijo; sólo tiene padrastro.
- Pues dígame al padrastro que venga; que necesito hablar con él.

Te van a embromar, hermanito. Rendón se encogió de hombros.

- ¿Piensas entonces quedarte de burro blanco?
- Voy a pasar a la Escuela Quiroga.
- Ja, ja, ja. A tu abuela. Las fiscales se han hecho para los ricos. En primer lugar, allá van todos bien vestidos; y luego, a cada rato, cuadernos, libretas, estuches y demás vainas.

El dialogo fue interrumpido por una voz de niño que gritó desde lejos en tono de triunfo:

— Pancho, al teatro.

Partía de un grupo de granujas que seguían afanosos a varios caballeros, en marcha hacia la esquina de la Biblioteca Pública.

Rendón dejó el asiento de un salto. Dio algunos pasos; miró con atención, y al reconocer entre los caballeros al cómico que algunos meses antes le había llenado el bolsillo de propinas, no esperó más. Dejando a Quiroga con la palabra en la boca, echó a correr, seguido de su perro, hasta incorporarse al grupo en el momento en que este pisaba la calle del teatro.

En los primeros años de su vida, el perrillo de Pancho Rendón no llevó otro nombre que el que la plebe da, en quichua, a todos los de su raza: Pequeñuelo. Mas tarde adquirió el título policiario, debido a su habilidad en el oficio. En las noches, a la luz del foco de la calle, jugando a los rondines y ladrones, con su amo y otros chiquillos de la vecindad, hacía siempre el primer papel, con tal inteligencia, que, a poco en el círculo de sus admiradores, llegó su fama al punto de que muchos niños mimados hubieran dado una fortuna por ser dueños de un Rondín.

Aquellos eran tiempos muy felices. Después vinieron los días turbios. La tosferina se llevó a la hermanita de Rendón. Rondín, que la adoraba, acampanó el pequeño ataúd sin apartarse de él, hasta que lo colocaron en el nicho. De regreso a la casa, se metió debajo de la cama en que la pequeñita había agonizado, sin querer salir de allí en muchos días, durante los cuales se resistió a tomar alimento. Parecía que había resuelto morir.

Pero aquello pasó. Ninguna pena es eterna. La mamá de Rendón no se había casado aun en segundas nupcias. Alguien dio a la abuela un capital, con el que fueron los tres a abrir una pulpería en un balneario próximo a la ciudad.

Rendón, colaborado por sus nuevos camaradas, los muchachos de una escuela rural, fundó un gran circo. Trabajando en el Rondín aprendió poco a poco a dar saltos estupendos, que llenaban de asombro al público. En pocos meses de campo se hizo acróbata famoso y candor intrépido, y adquirió tal renombre, que, cuando los dos inseparables se largaban de expedición hacia los arrabales más lejanos de la ciudad, allí donde nadie conocía a Rendón, todos grandes y chicos sonreían al pasar, al gracioso perrillo, saludándolo por su nombre — Rondín, Rondín.

La abuela ganó poco en la pulpería. Lo comido por lo servido, como decía ella.

Cuando volvieron a la ciudad, la hallaron transformada. Muchas construcciones.



El tráfico había aumentado considerablemente. Rondín no era uno de esos perros conservadores, intransigentes que se oponen a la marcha de la civilización y tratan de impedirla; de esos que embisten a los autos y se arrojan ladrando desafortunadamente hacia los tranvías, a veces hasta hacerse matar. Prudentemente colocado al lado de su amo, esperaba atento la exhibición de los asombrosos artefactos modernos, contemplando de hito en hito con la serenidad del filósofo. Sólo en presencia del primer aeroplano que visitó el país en el momento en que el aparato hacía el vuelo por la ciudad, su entusiasmo fue tal que rayó en escándalo; parecía loco. Quería volar con el avión.

El reloj del Hospicio marcó la hora.

—Las cinco y Pancho no parece, dijo la abuela. Lo mandé a la una en punto a entregar unas camisas que estaban ya pagadas, y... ni noticia.

—Si lo que Ud. debe hacer, doña Josefa, opinó Guadalupe, la beata, que estaba presente, es entregarlo a su padrastro. Sólo él lo ha de enderezar.

—Entregarlo a un vicioso para que le dé malos ejemplos y lo mate a palos, murmuró la anciana amostazada. Uds. las beatas están siempre listas para dar consejos... en cabeza ajena. Si Ud. tuviera un sobrino. Ya la viera a Ud.

—Pero, ¿no es peor que resulte un malvado?

—En todo caso, no ha de resultar tan malvado como su padrastro. El chico es malcriado y desobediente, pero tiene un corazón... ¡Qué bueno entregárselo para que lo pervierta!

En este punto de la conversación se presentó el perrito afanoso y satisfecho, batiendo la cola como quien dice:

—Ya estamos aquí.

Pancho llegaba tras él, pero se detuvo en la puerta receloso...

—¡Canalla, badulaque! gritó la abuela ¿En donde ha estado Ud. toda la tarde?... ¡Esto ya no se puede soportar! Y se puso a buscar el chicote. Los ojos de Guadalupe brillaban de alegría.

El chicote no parecía y la señora se vio obligada a descargar cuatro o cinco puñetazos sobre los lomos y la nuca del delincuente que defendió su cara cruzando ambos brazos sobre la frente. Sufridos los golpes, Pancho se puso a gimotear, sólo por cumplir. Estaba curtido; los castigos de la abuela no le hacían mella. Transcurrieron algunos momentos.

—Ahí tiene Ud. su plato, dijo la anciana. Póngase a comer antes de que se acabe

de enfriar. Sin dárselo todo al perro como tiene de costumbre.

—Cómo no pues, observó Guadalupe, si dizque se va a la estación a acarrear las valijas de los pasajeros y con lo que le pagan se atraca de golosinas, mientras que Ud. lo cree toda la vida muerto de hambre.

Pancho colocó el plato en el suelo, se sentó a la japonesa y se puso a comer, dando a Rondín furtivamente los mejores bocados. Cuando acabó, puso el plato en su lugar, se acomodó sobre un baúl y dijo humildemente:

—Sabes, abuelita, ¿por qué me he tardado?

—¿Entregó las camisas? preguntó ésta.

—Sí, pero me hicieron esperar mucho porque estaban con visitas y después...

—¿Y después...?

—Después habían llegado unos cómicos; yo y otros chicos entramos con ellos al circo, y al salir, el conserje, que es un alhaja, nos ha entretenido contándonos una cosa que había sucedido ahora tiempos, cuando no había luz eléctrica, ni biógrafo, ni tonadilleras. ¿Sabes una cosa, abuelita? Dice que una vez, en la última función de una temporada, cuando acabó y todos se fueron al amanecer, los vecinos oyeron unos gritos... caramba que hacían retumbar la bóveda del teatro. Dice que parecían a veces chillidos de demonios y a veces de criaturas que pedían misericordia. Y dice que...

—Y dice que... Remedó Guadalupe.

—Pero doña Guadalupe, déjeme hablar, gritó el niño; y continuó:

—Dice que fueron a llamar al conserje y cuando abrió el teatro y entraron, se supo que era una gata, porque uno de los lampareros que subió al tejado por el gallinero, vio una porción de crías, que lloraban desparramadas buscando a su madre. La gata se callaba algunos momentos y luego volvía a gritar... que daba pena. No había cómo socorrerla porque estaba en la rotonda, y el empresario de la cantina se había ido al campo de mañanita, llevándose la llave. El pobre animal siguió gritando muchos días, hasta que al fin se calló y no se supo más. A la semana siguiente, cuando abrieron la cantina, dice que había un mal olor.. . caramba, que no se podía soportar. Buscaron, sacaron todo para barrer y no había nada. Figúrate que después de un año llegaron otra vez unos cómicos y fueron a conocer el teatro. Entraron a la rotonda y uno de ellos, al alzar los ojos a la bóveda... ¿qué crees que vio?... el esqueleto de la gata, prendido por el cuello a los garfios de la lámpara de colgar. Dice que al momento se dieron cuenta, claro que sí, de lo que había sucedido. La pobre que tenía tantos hijos que criar, desesperada de hambre, al ver desde la claraboya los restos de la cena, sobre las mesas, midió la distancia, creyó llegar con vida, y dio el salto mortal. Con todo el peso de su cuerpo se ensartó en el garfio y estuvo así pataleando noches y días hasta morir.

—Y las crías murieron también, de hambre y de frío, concluyó la abuela

consternada.

—Pero, cómo no han de suceder esas cosas, observó Guadalupe, si ese teatro ha sido hecho dentro de un templo. Cabalmente, lo que ahora sirve de cantina, era el Sagrario. Eso tienen las profanaciones: Castigo de Dios.

—Pero, doña Guadalupe, no sea Ud. pues bruta, exclamó el niño. Cómo ha de castigar Dios a un pobre animal, por lo que hizo en su tiempo el General Acha.

—Más bruto, sois tu, dijo ella, que con ser escolino no sabes lo que dices. Ese teatro no es obra del General Acha, que era de una familia muy cristiana, sino de... no sé que otro presidente.

—Pero sea de uno o de otro, replicó el niño. ¿Por qué ha de pagar un pobre animal, lo que otros hicieron? Uds. las beatas son más herejes...

—Cállate niño, no seas malcriado, gritó la anciana.

Guadalupe dejó su asiento.

—Buenas tardes, doña Josefa. Algún día ha de ser su verdugo. Jesús; Jesús; y salió echando cruces sobre Pancho, como quien espanta al diablo.

Cuando la policía, marchando apresurada a lo largo de la calle Bolívar, llegó a la cuadra designada por el denunciante, el escándalo no había cesado. Golpes bárbaros resonaban a distancia. A cada golpe un alarido de la víctima, mezclado a los chillidos de la anciana y a las furiosas embestidas del perrillo. Luego el ruido entrecortado sollozante del niño, que ya no podía más. Mucha gente se había amontonado a la puerta de la tenducha, pero nadie hacía nada; todos se limitaban a esperar. Antes de que el comisario, con dos números penetrara en él, el malvado, jadeante aun de furor, látigo en mano había logrado escabullirse por entre la multitud. No hallaron al entrar más personas que una anciana, caída sobre un asiento, llorando a gritos, y un niño medio desmayado, abrazado a ella.

Varias vecinas, mujeres del pueblo, se apersonaron al agente de Policía ofreciéndose como testigos. El inicuo atropello contra una señora, hoy humilde, pero, lo sabían, muy conocida en otro tiempo, entre la mejor gente, las había indignado. Todas conocían los antecedentes de aquel tunante. Lo que no comprendían era cómo había habido mujer que se decidiera a casarse con él. Pasados los informes y los comentarios, el comisario se marchó y, tras él, las vecinas una por una. Quedaron solos.

La vieja costurera que había luchado treinta años contra el infortunio, sabía bien que para el desvalido no hay justicia; que no debía esperar nada, de nadie. Cansada de llorar inclinó la cabeza sobre su nieto, que seguía abrazado a ella y quedó muda... Guadalupe apareció. Avanzó compungida, y se sentó a su lado con mucha compostura. Luego, juzgándolos ya más tranquilos, tomó la palabra.

—Carlota acaba de saber lo que ha sucedido, dijo (Carlota era la madre del chico, hija de la señora).

Por mi parte digo que está mal hecho. ¿Quién ha de decir otra cosa? No debía cometer esa imprudencia, Carlota está muy apenada.

Doña Josefa, que no estaba para discusiones, la oía hablar como quien oye llover. La beata, animada por su silencio, siguió adelante hasta el resbalón.

—Ella comprende bien que usted no está ya en edad de sufrir incomodidades a cada rato. El chico necesita mucha vigilancia y ha resuelto recogerlo.

—Cómo. ¿Qué dice usted? — exclamó la señora, fuera de sí. ¿Recogerlo ella? No faltaba más.

—Al fin es su madre. Observó Guadalupe concienzudamente.

—Madre, repitió la anciana; madre la que por no vivir sin marido le buscó a su hijo un verdugo y nos hundió a los tres, esas no son madres, son... Conoció que iba a extralimitarse y atrapó al niño empujándolo hacia fuera de su regazo.

—Pancho, dijo. No estés así; todo ha pasado, anda a ver la calle. Procura distraerte.

El chico, dando traspiés llegó hasta la puerta y se dejó caer en el umbral.

—¿Sabe usted lo que hicieron el año pasado? continuó la señora. Esa que pretende recogerlo le puso el pantalón más andrajoso y lo mandó de casa en casa con un papel en que se leía: Una madre afligida pide limosna para enterrar a su hija muerta en el hospital. Le hacía perder la vergüenza por sostener los vicios del marido. No volverá a esa casa. No lo consentiré. Que me demanden. Lista estoy a cantarles la cartilla en el juzgado.

La beata al verla tan enojada, guardó sus sanos consejos para mejor ocasión y se marchó. Acurrucado en el ángulo derecho de la puerta, pálido y desfallecido reflexionaba tristemente.

—Me ha pegado, porque no voy a la escuela, y paso el día vagando por las calles. Seguro que Quiroga le dio el mensaje del maestro, canalla... pero cuando yo lo agarre... Y esa beata chismosa que sólo a eso viene... ¿Para qué la recibe mi abuela?... No aprendo nada pero, ¿qué voy hacer si estoy casi siempre descalzo y no tengo uniforme ni cuadernos, ni un lápiz, ni un pliego de papel?... El maestro me bota de la escuela; me ordena que no vuelva no siendo con una persona que responda por mí. ¿Cómo le he de avisar eso a la abuela, cuando veo que su costura alcanza apenas para que comamos? Ella quiere que no falte a clases; me bota de aquí; el maestro me bota de allá; claro que me voy al río, o a la estación o a cualquier parte a pasar el tiempo, hasta que sea hora de volver a casa, y que ella

crea que vengo de la escuela... Ha dicho mi padrastro que soy un animal... hay otros burros, burrísimos que tanto estudiar aprenden un poco y sacan buenas calificaciones... Pero tienen quien los vista y quien les de todo lo que necesitan.. . Cómo me ha de gustar la escuela, si los chicos al ver mi traza, me desprecian, me ponen apodos y me persiguen con sus burlas... Todo les aguanto, todo menos esa tonada que se les ha metido en la cabeza: Rendón y Rondín, Rondín y Rendón... Qué brutos son, y qué cargosos... todo por envidia. A fe que si tuvieran un perro como el mío...

Era domingo. Pasaron varios ciclistas, uno tras otro de regreso del Prado.

—Qué feliz el que pueda comprar una bicicleta, pensó Pancho.

A poco, en dirección opuesta, apareció un señor con su niño y, tras ellos, varios chiquillos endomingados charlando alegremente.

—Qué feliz el que tiene un padre que lo lleve primero a la matinée y luego a la pastelería... y felices los que van a pasear con licencia y vuelven a sus casas con sus amigos. Un profundo suspiro se escapó de su pecho.

—Yo no tengo un amigo, pensó.

Y en ese instante sintió en la mano el roce de una cosa blanda y tibia, se volvió. Era Rondín que, al sentirlo acongojado, lo consolaba con su caricia.

—Mi Rondín, murmuró. Mi perro querido. Cogió al animal y lo estrechó contra su pecho. Soy un ingrato; me olvidaba de ti, tengo un amigo, mi único amigo. No hay otro mejor que tú. Casi te has hecho matar por defenderme.

Anocheecía. La anciana venciendo su postración, había encendido el brasero, colocado en el pasaje; llamó al niño, encendieron la esperma, cerraron la puerta y cenaron. Pancho, como de costumbre, hizo cama en el suelo al pie de su catre, y la abuela lo llamó a rezar. Entonces el pequeño proletario, consternado, se echó en sus brazos y ella, con la voz descompuesta, exclamó exaltada:

—Por Dios no seas preguntón. Déjame dormir en paz.

—No tengo ganas de rezar abuelita y añadió sollozando:

—Quiero saber primero, por qué soy tan desgraciado; por qué ha muerto mi padre y por qué se ha casado mi madre con ese hombre que me aborrece. Por qué otros tienen todo y yo no tengo nada. Por que hay señoras ociosas que van a la iglesia bien vestidas y tú trabajas todo el día y no tienes un manto decente... Por qué esta desigualdad hasta entre los animales; por qué el gato de la pulpera de en frente ya no puede moverse de puro gordo y por qué esa pobre gata que tenía

tantos hijos, clavada en un garfio padeció días y noches sin poder morir.

— Por qué ese pobre burro de la tropa de los cerveceros lleva la carga todos los días, del cerro a la ciudad con un pie dislocado y lo obligan a caminar a latigazos sin que nadie lo compadezca.

A medida que hablaba se exaltaba más y lloraba con amargura inconsolable.

— No pienses más en esas cosas; dijo ella, serénate.

— Dime, abuelita, ¿es verdad que en Cinti o yo no sé dónde, para hacer las botijas de vino les cortan a los cabritos el cuero alrededor de las patas y, después de colgarlos, les arrancan en vivos el pellejo por la fuerza, haciéndolos hablar en latín? ¿Por qué es tan bruto el maestro, que ha contado eso sonriendo, en vez de horrorizarse? ¿Por qué permite Dios esas cosas, por más que no somos todos buenos y todos felices?...

— Así quiso Dios que fuéramos hijo, y así hubiéramos sido, pero ya te he contado que Adán y Eva pecaron y lo echaron todo a perder.

— ¿Y qué tenemos que ver nosotros con Adán y Eva?

— Yo no sé, hijo. No sé, eres muy ladino, no preguntes más, resígnate.

— Bueno, abuelita, está bien; todos sufrimos por Adán y Eva que pecaron, pero respóndame, ¿y los animales? ¿Por qué sufren?

**Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis**

http:// [www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

**Depósito Legal: MA – 1071/06**

**Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008**